

Tres poemas

I

Esta flor en mis manos, repentina
alba en mi noche, estrella
de mi sueño nacida
¿me atreveré a tocarla?
¿mereceré siquiera profanar con mis ojos
la luz que la revela?

El aire desolado de la espera vacía,
el aire en que no estaba respiré tantos años!

El agua que era muerta y clara y muda,
el agua quieta y dócil, resignada,
humedece su imagen luminosa.
A su labio asomada
—¿por qué milagro?— el agua se quema en su homenaje.

Estatua derruida
en cenizas la brasa consumida,
con la arcilla de ayer formó su vida.

¿Qué sino a su fulgor puede mi noche
atesorar, atónita, el sueño redivivo?
¿Qué voz hallar, qué grito,
qué jubiloso y asombrado canto
saludará su aurora?

Tiendo hacia ti mis manos de mendigo.

II

Quiero alabarte, dios. Y una hojarasca
de palabras inútiles acude
al vano intento de expresar la mía.

Estás tan cerca ahora
como lejano el fuego de que surge
mi adoración por ti.

¿Estoy aquí, aguardándote, desde el ayer remoto?
¿Llego hasta tu presencia, con el fardo
de mis pasos a ciegas?

Casa de caracoles me recluyó del mundo
con él a cuestas.
Atesoré recuerdos, años, vasos, cadenas,
pétalos, lágrimas
en cofres de papel. En sepulturas.

Avanza ya la noche su cautela de tigre.
¡Nuble el humo del llanto su espejo de obsidiana
que revela —muralla—
mi cuerpo frente al dios que lo sostiene.

17 de julio de 1964

III

Hurgo mi corazón — cofre olvidado.
¿Qué ofrecerte, mi dios? ¿Cómo adorarte?
¿Qué rendir a tus pies? ¿A qué collares
mis brazos delegar, ebrios de rosas?

Porque tu luz la enciende
fluye de nuevo, cálida
el agua endurecida de mi pecho.

Porque en el cielo claro de tu frente
dos estrellas me miren
tiemblan mis ojos mudos.

Porque tu aliento esparce
gloriosa juventud, vivo y la aspiro.

Por rozar la corola de tus manos
se estremecen las mías.

¡Esplenda tu sonrisa
que me asoma a la dicha de mirarte!

20 de julio de 1964